

María Luisa Tamez:

“Completamente atípica”

por María Eugenia Sevilla

La precocidad y las vueltas de tuerca han marcado la vida y la carrera de María Luisa Tamez, quien cumple 30 años. Su evolución vocal es un arco que se tiende del repertorio lírico, al *spinto* y dramático, para desembocar en la tesitura de mezzo-soprano, con la cual desde hace 13 años ha interpretado *Carmen* de Bizet, en decenas de ocasiones.

Todo se le dio temprano: la maternidad, el divorcio y su debut como Cio-Cio San; éste, a decir suyo, con sólo 23 años. “Mi voz y mi vida han dado giros de 360 grados. Siempre ha sido así.”

Pronto supo lo que era perder hijos antes del nacimiento; como madre soltera, debió dejar oportunidades como asistir becada a la Juilliard School of Music para cuidar a su único hijo, y en otros momentos ser “una mamá ausente”, refiere en entrevista.

Sin proponérselo, el dolor sirvió para desplegar uno de sus rasgos distintivos: su capacidad dramática. Es una artista que arriesga en escena, que ha aceptado retos como incursionar en el desnudo, cuando en el medio operístico mexicano no se acostumbraba, y como sucedió en aquella controversial *Salome* de Richard Strauss, dirigida por el alemán Werner Schroeter (1990), y en el estreno de *La Sunamita*, de Marcela Rodríguez, bajo el trazo escénico de Jesusa Rodríguez (1991).

“A mí me gusta mucho el concierto, el oratorio... pero yo soy una cantante de teatro”, se define. “La ópera es un canto de pasión, de muerte y sangre. Salir al escenario es como salir al ruedo o al circo romano. La gente espera sangre. A pesar de que el público es maravilloso, es como un niño que demanda y demanda. Es una relación masoquista.”

En octubre pasado la Tamez, como le dicen en el medio, celebró tres décadas de masoquismo artístico, 30 años de altibajos: de subir como la espuma, de ser favorita, de afirmarse como primera figura en los principales teatros nacionales; pero también de padecer los relevos generacionales, las nuevas preferencias en la alternancia administrativa de las instituciones e incluso, a últimas fechas, asegura, el desdén de los programadores.

De cuatro hermanos, fue la única que siguió los pasos del padre, Eduardo González —quien dejó la carrera de tenor para dedicarse a la música popular—, y de la madre, la mezzosoprano Luz María Tamez, quien por muchos años perteneció al Coro de la Ópera de Bellas Artes. Quería ser bailarina, luego médico. Casi se inscribía en la Facultad cuando se decidió por la música. ¿Qué otra cosa se podía esperar de quien “debutó” en la ópera a los cinco años como



María Luisa Tamez

Dolore en una *Madama Butterfly* protagonizada por Gilda Cruz-Romo y Julio Julián en una gira por el Norte de la República?

“Mi papá me decía: ‘Hija, acuérdate que esta carrera es muy difícil. Yo la tuve que dejar porque no tuve el carácter’”. Ella lo tuvo. Estudiaba piano en la Escuela Superior de Música cuando el maestro Gilberto Cerda le hizo notar que tenía buena voz y se ofreció a educarla.

“Me puso *La Wally* y ‘Un bel dì vedremo’ y mi mamá me regañó. Tenía yo 15 años y decía que estaba muy chica para poner esas obras”. Ingresó al Instituto Cardenal Miranda, donde obtuvo su primera beca para viajar a Europa. Allí tomó clases magistrales con figuras como Franco Corelli, Renata Tebaldi y Birgit Nilsson, y ganó uno de los premios del concurso Francisco Viñas, en Barcelona, refiere.

Cuando su hijo tenía dos años, entró a trabajar al Coro del

Teatro de Bellas Artes. Era 1980, año en que ganó el premio del público del Concurso Nacional de Canto Carlo Morelli, el cual le otorgaría el primer lugar en su siguiente edición, impulsando así su despliegue como solista.

“Empecé a trabajar con Lozano, Bátiz, Diemecke, Díaz Muñoz... Rómulo Ramírez, entonces director de la Compañía Nacional de Ópera, me dijo: ‘Apréndete todos los partiquinos’.” Así llegó su primer estelar: Micaëla, de *Carmen*. “No me imaginaba que 20 años después haría el primer papel.”

Viajaba a Nueva York para perfeccionarse o preparar repertorio, al lado de *coaches* y maestros como Marlena Malas, Joan Dornemann, Eleonor Steber y Rita Patanè, enseñanzas a las que se sumó en México la de Irma González, con quien tuvo una relación muy cercana.

“Cuando el Concurso Morelli, nos encontramos en el pasillo y me dijo: ‘De mí te acuerdas: Butterfly será un papel determinante en tu carrera’. También me dijo: ‘Se nota que has llorado mucho’. Y sí... Eso se nota cuando cantas.”

Irma González la recomendó con el director de escena Carlos Díaz Du-Pond para protagonizar la obra en Guadalajara, invitación que declinó por considerar que era muy pronto para debutarla. Entonces, la maestra la citó en su casa. “La encontré con los kimonos que ella usaba en *Butterfly*. Me dijo: ‘Mi hija no siguió la carrera de canto como yo hubiera querido. Estos kimonos me han acompañado toda mi carrera; tú vas a ser mi hija en el canto’. Y me los regaló. Nos bañamos en lágrimas. Dije en Guadalajara que sí iba y fue un éxito muy estruendoso porque nadie se imaginaba que una *escuincleta* de 23 años pudiera cantar ese papel. Todo lo que yo pude vivir respecto de la maternidad, que me había causado mucho dolor, frustraciones y angustias, me hizo imprimirles al personaje y a mi voz los requerimientos de la obra.” Al poco tiempo, debutó el papel en el Palacio de Bellas Artes. Era 1984.

**“La ópera
es un
canto de
pasión,
de muerte
y de
sangre...”**

“Muchos lo achacaron a Enrique Patrón de Rueda, pero no: yo iba a debutar *L’elisir d’amore* cuando Eduardo Mata entra a la Compañía Nacional de Ópera y audiciona a los cantantes. Me pide ‘Un bel dì vedremo’. Me sacó de *L’elisir* y me dijo: ‘Niña, usted va a cantar *Butterfly*’. ‘Maestro, con todo respeto, usted sabe mucho de orquesta pero de voz no. Me va a arruinar’. ‘Muy bien. O la hace o no hace nada’. Así fue la historia. Cuando debuté, mi mamá se oponía rotundamente, pero *Butterfly* es la obra que más trascendencia ha tenido en mi vida”.

Mata le dio otros tres estelares consecutivos en el Palacio de Bellas Artes ese mismo año. Así despegó una carrera que se desarrolló principalmente en México, donde abordó en buena medida el repertorio verista y los papeles puccinianos.

En el extranjero también tuvo presencia, acompañada por la Orquesta Real Filarmónica de Londres, la Filarmónica de París, la Sinfónica de Berlín, la Sinfónica de Long Beach y la Filarmónica



En su concierto de aniversario en el Alcázar del Castillo de Chapultepec, con José Luis Duval

de Los Ángeles, entre otras; en especial bajo la batuta de Enrique Arturo Diemecke, con quien, dice, le une una fuerte amistad. Con él protagonizó el estreno mundial de *Foresta do Amazonas*, de Heitor Villa-Lobos, y la presentó en diversos países, al igual que *Montezuma* de Carl Heinrich Graun, ambas registradas en CD.

Ahora habita un nuevo instrumento, que le hace sentir como en una segunda carrera. Algo que comenzó de forma casi lúdica, cuando su amiga la pintora Lucía Maya la invitó a participar en una *performance* en el que debía cantar arias del personaje protagónico de *Carmen*, despedazando una sandía. Después, Diemecke la invitó a cantar *El amor brujo* y la Suite de *Carmen* en Michigan, donde la crítica la calificó como contralto, pese a que aún era soprano.

“Me dio mucha risa”, confiesa. Sin embargo al año siguiente, en 1996, comenzaron a surgir las propuestas para que interpretara la obra completa, a pesar de que su madre, una vez más, se oponía. Pero al fallecer, seis meses después, una señal hizo que María Luisa sintiera que contaba finalmente con su venia. Cuando su padre le entregó una caja con el vestido de novia de su mamá, encontró enredadas en él las peinetas con que Josefina “La Chacha” Aguilar interpretaba el papel, y que le regaló a su alumna antes de morir.

“Es como si mi madre desde el cielo me dijera que cantara *Carmen*.” Aceptó entonces interpretarla en Bellas Artes, aunque “con mucho escepticismo”, al enfrentarse al público que la conoció durante 25 años como soprano. “Después las empecé a hacer a diestra y siniestra, en plazas con toros de lidia”.

El proceso de transformarse en mezzosoprano, bajo la tutela de Héctor Sosa, fue fuerte, admite. “Al principio me pasé dos años negándome, con la voz muy grande y muy pesada; sólo cierto repertorio, como el wagneriano, cabía bien en el volumen de mi voz. Yo decía: ¿qué voy a hacer con este volumen? Primero fue un *shock* emocional, porque en lo recóndito de mi ser soy una romántica empedernida. Ahora estoy feliz, descubriendo las maravillas que los compositores franceses han escrito para esta tesitura, en roles como Dalila, Werther y Carmen. Verdi la trata casi como a una soprano. Estoy fascinada. En este momento ya no tengo inseguridad.”

“Canté mucho, muy joven, muy difícil y muy seguido”, concluye al echar una mirada a su trayectoria. “Soy una cantante atípica completamente. Mi instrumento creció y creció, y tengo que encaminarlo con inteligencia. Ésta es una carrera de resistencia, con espinas, como tener que rebajarte y tocar puertas que deberían estar abiertas para los artistas, donde los funcionarios, llenos de soberbia y de mala educación, se niegan a recibirlos.”

Por poco y pasa su aniversario sin cantar: “Para mí era muy importante celebrar mis 30 años cantando (...) Acudí a todas las instancias gubernamentales.” Asegura que, buscando la oportunidad de cantar este año, pidió audiencia con Teresa Vicencio, directora del INBA, y con Consuelo Sáizar, titular del Conaculta, sin que la recibieran. También lamenta que Alonso Escalante, todavía como director de la CNO, le pidiera audicionar *Carmen*, cuando ha cantado este rol no sólo en Bellas Artes, sino también en el Auditorio Nacional e inclusive en la apertura del Festival Internacional Cervantino, en 2006.

No obstante la queja, la cantante fue invitada a participar en la gala de reapertura del Palacio de Bellas Artes, en noviembre, y gracias a su amiga Aurora Delhaye, quien es agente artístico, pudo festejar su aniversario con dos conciertos en el Alcázar del Castillo de Chapultepec, los pasados 18 y 30 de octubre, en los que participaron, de forma voluntaria, primeras figuras de la lírica mexicana de diversas generaciones.

“La ópera ha sido el filtro de todos mis demonios, mis angustias y mis infiernos. Ahí vierto todo mi amor y mi pasión. Me siento muy halagada de que el público así me percibe, como una persona complicada pero sencilla, arriesgada y loca, pero apasionada y entregada. Creo que ésa sería la definición de mi paso por esta vida de 30 años de carrera. Si volviera a nacer volvería a ser cantante”. ●

Para otra apreciación de este aniversario, ver **OTRAS VOCES** en www.proopera.org.mx